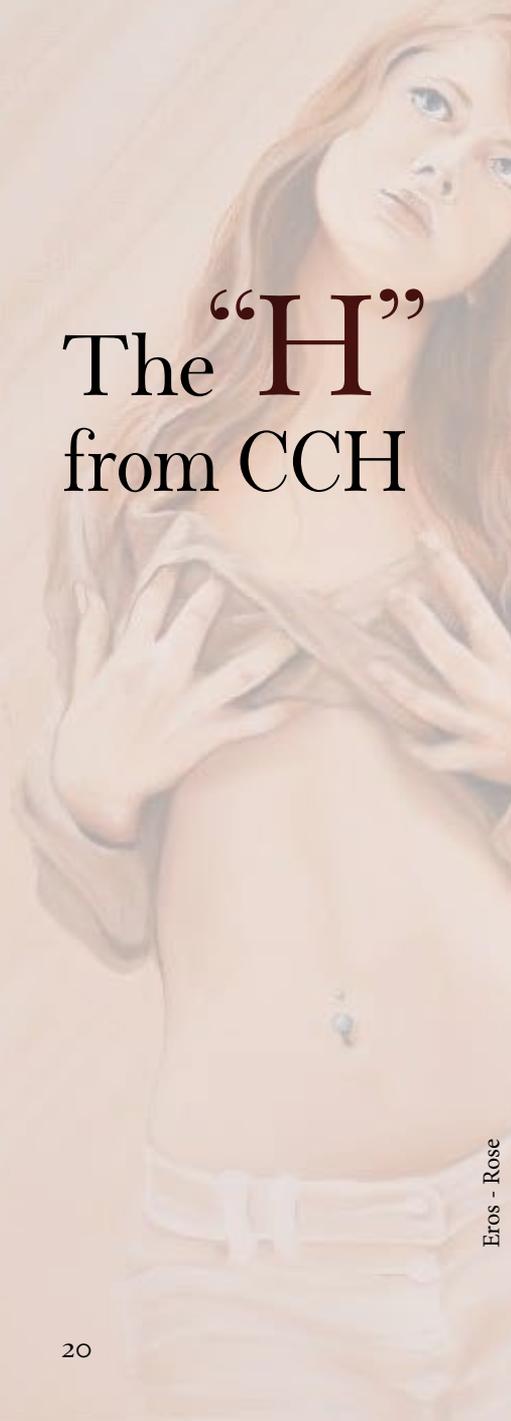


The “H”
from CCH

Eros - Rose





“H” LA DEL CCH

ÁNGEL ALONSO SALAS

RESUMEN

En el presente escrito se reflexionará acerca del sentido y vigencia que tienen las asignaturas humanísticas en el Modelo Educativo del Colegio de Ciencias y Humanidades. En los últimos años se ha hecho una revisión y actualización de los planes de estudio de la malla curricular del CCH con la finalidad de que los contenidos de los programas indicativos se encuentren a la altura y exigencia de nuestro tiempo. De esta forma, estas líneas buscan aportar una reflexión acerca de la importancia y significación que tienen las asignaturas obligatorias y optativas que se encuentran inmersas en el área Histórico-Social, enfatizando en la importancia que tienen las humanidades en la formación del estudiantado.

Palabras clave: Humanidades, programas, historia, filosofía, ciencias sociales, estudiantado.

ABSTRACT

In this writing we will reflect on the meaning and validity of humanistic subjects in the Educational Model of the College of Sciences and Humanities. In recent years there has been a review and update of the study plans of the CCH curriculum in order that the contents of the indicative programs are up to the standards and requirements of our time. In this way, these lines seek to provide a reflection on the importance and significance of compulsory and optional subjects that are immersed in the Historical-Social area, emphasizing the importance of the humanities in the training of students.

Keywords: Humanities, programs, history, philosophy, social sciences, student body.

ÁNGEL ALONSO SALAS

Es profesor de tiempo completo en el CCH plantel Azcapotzalco. Tiene los grados de licenciado en Filosofía por la UAM-Iztapalapa; maestro y doctor en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la UNAM, además del Doctorado en Ciencias (Bioética) por la Facultad de Medicina (FAcMed) UNAM. Investigador Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y actualmente es el Secretario Académico del Programa de Bioética de la UNAM. Correo electrónico: angel.alonso@cch.unam.mx

*

El Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) está próximo a cumplir cincuenta años de existencia y vale la pena reflexionar acerca de la vigencia, sentido e importancia que tiene su Modelo Educativo en nuestra sociedad. Mencionar la génesis y todo el devenir que ha tenido el Colegio desde el momento en que el doctor Pablo González Casanova sugirió, planeó y concretó un espacio educativo alternativo al de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) o los bachilleratos que ofrecía la Secretaría de Educación Pública (SEP) hasta nuestros días, es labor de otro escrito. Sin embargo, es importante destacar el hecho de que el CCH fue pensado como un espacio educativo que contara con sus características propias e innovadoras y, a su vez, ofreciera algo más a sus egresados que una educación basada en el positivismo o los lineamientos del Estado. Dicho modelo está constituido a partir de un aprendizaje autodidáctica y constructivista, de donde surgen los famosos aprendizajes: *el aprender a aprender, aprender a hacer, aprender a ser y aprender a convivir*, que reflejan un modelo no sólo polémico y original, sino provocador y temerario que ha dado pie a formas distintas de inventar y re-inventar la educación media superior. Dicho modelo, que es fruto de los movimientos estudiantiles de 1968, que contemplaba cuatro turnos para que sus estudiantes — muchos(as) de ellos(as) trabajadores(as) de clases populares y medias— tuvieran acceso a una educación universitaria en las zonas más alejadas de la capital, fue un proyecto que se hizo realidad con la aparición de cinco planteles educativos. Si bien, no se han concretado otros planteles y se pasó de cuatro a dos turnos, además del incremento de la matrícula estudiantil en una población proveniente de la capital y

el Valle de México, el Colegio hoy día es un modelo de formación a nivel nacional e internacional. En este escrito no se hablará del constructivismo o del devenir del CCH en las escuelas incorporadas y del bachillerato a distancia; únicamente nos centraremos en aquello que podría ser una directriz de nuestro Modelo Educativo: su formación humanística, social, histórica y artística que se ofrece en el interior y exterior de sus aulas, constituye el eje de los planes y programas de estudio de las asignaturas del Área Histórico-Social, ya sean obligatorias (Historia Universal Moderna y Contemporánea I y II, Historia de México I y II o Filosofía I y II) u optativas (Ciencias Políticas y Sociales I y II, Administración I y II, Derecho I y II, Antropología I y II, Economía I y II, Teoría de la Historia I y II, Temas Selectos de Filosofía I y II y Geografía I y II). Este conjunto de asignaturas constituye la formación humanística de sus estudiantes, ese sujeto crítico que pretende cuestionarse a sí mismo y a su entorno; él(la) heredero(a) natural del pensamiento marxista, activista, latinoamericanista, anarquista, zapatista, indigenista, socialista, feminista, nacionalista o artista comprometido(a) con las causas sociales y cualquier otra exigencia social que transcurra en cada generación.

Muchos de los lectores seguramente han sonreído ante la descripción hecha con antelación del espíritu del Colegio, pues podría considerarse como un mito, una utopía, algo que se perdió o que únicamente existe en el imaginario del docente y su evidencia persiste en los murales de las bibliotecas de cada plantel, en la historia oral y escrita de los(as) fundadores(as) en cada CCH, en las anécdotas de las asambleas maratónicas de cada área y en las tomas violentas o no de planteles por alguna causa social, coyuntural o legítima de la historia moderna.

Se mencionará *grosso modo* en qué consiste la *H del CCH*, es decir, las Humanidades al interior del Colegio. Esa *H* que por ser muda no la hace ausente, sino explícita tácitamente en sus Programas de Estudio y actividades curriculares y extracurriculares. La *H* que no es un agregado, constituye la medula del Colegio y de sus integrantes (docentes, trabajadores y estudiantes). La formación humanista pertenece no sólo al área de la Historia sino que está viva y presente en el Área de Talleres de Lenguaje y Comunicación con las asignaturas: Taller de Lectura, Redacción e Iniciación a la Investigación Documental I-IV, Lectura y Análisis de Textos Literarios I y II, Taller de Diseño Ambiental I y II, Taller de Expresión Gráfica I y II, Taller de Comunicación I y II; en el Área de Idiomas con la comprensión y dominio de una lectoescritura de los idiomas francés e



Es importante destacar el hecho de que el CCH fue pensado como un espacio educativo que contara con sus características propias e innovadoras”.

inglés; del Área de Ciencias Experimentales con la asignatura de Psicología I y II; con las actividades culturales y deportivas de Difusión Cultural y Educación Física, respectivamente. La formación humanística que se brinda en cada una de las asignaturas apela al aprendizaje actitudinal, al capital cultural que fomenta y difunde cada docente en el aula, a la adquisición y vivencia de los valores de un(a) *ceceachero(a)*, ya sean explícitos (responsabilidad y ser autodidactas) o implícitos (libertad, conocer la pluralidad de voces y de formas de ser adolescente y

joven, los ejemplos de vida que imprimen las autoridades, trabajadores, estudiantes y docentes dentro y fuera del aula).

Si bien, la *H del CCH* representa a las Humanidades, el espacio natural en donde ésta se gesta, desarrolla, promueve y consolida, es al interior de cada una de las



asignaturas del Área Histórico-Social, que se complementan con las otras asignaturas y áreas mencionadas. La presencia de ese humanismo y la expresión del interior de cada sujeto y de sus culturas (urbanas o históricas), tradiciones o pueblos, también se encuentra y transpira en cada jardinera, banca, pasillo, oficina, actividad deportiva, extracurricular o cultural que se promueve o consolida en la formación de cada estudiante de nuestro Colegio y con la historia que cada docente traza y va dejando como legado en su área y plantel.

Cuando ingresé a laborar al CCH, los docentes del área de Historia no se cansaban de hablarme sobre la importancia del aprendizaje colaborativo, de las bondades del constructivismo o de la gran responsabilidad que tiene la institución al formar un estudiantado crítico, así como también de la importancia que tuvo el hecho de que en sus inicios la brecha generacional entre el estudiantado y los docentes no fuera tan grande, ya que la mayoría de los(as) fundadores(as) apenas iba a egresar de su facultad. Un servidor (a quien ya le exigían el título) me preguntaba cómo había sido posible esto y siempre me respondía que había sido una coyuntura social y política. Sin embargo, muchos años después me encontré con la obra de *El maestro ignorante* de Jacques Rancière, me hizo pensar que tal vez eso es lo que de alguna manera había surgido en el Colegio al momento de su fundación.

**

Gran parte de la literatura de la pedagogía de la década de los sesenta y setenta

del siglo pasado (momento en que emerge el CCH) retoma las obras de Jacques Rancière, Paulo Freire, John Dewey, entre otros, quienes coinciden en que la formación humana, no es aquella que busca una forma de “atontamiento” o una mera “instrucción” o aprendizaje “bancario”, sino aquella educación “emancipadora”, la que libera al estudiante (y docente) de las “ataduras” del sistema; por lo que es menester analizar, comprender y trabajar desde las necesidades o intereses que tienen tanto docentes como estudiantes, para así poder liberarlo. ¿Y cómo es posible llevar a cabo dicha liberación al interior del aula? Con la lectura y el acompañamiento académico que el docente lleva de manera diferencial o grupal con el estudiantado, ya sea otorgándole herramientas para que sepa leer y comprender un texto literario, filosófico, político, una obra artística, entre otros, y en la medida en que lo acompaña en ese proceso de enseñanza-aprendizaje y de la cultura básica que permea al Colegio.

De esta forma, Rancière sostiene que “aprender y comprender son dos maneras de expresar el mismo acto de traducción. No hay nada detrás de los textos sino la voluntad de expresarse, es decir, de traducir” (Ranciere, 2010, p. 27), y será la labor de leer con el Otro, caminar con el Otro y de la actividad de transmitir y edificar contenidos y significación al texto que se proponga en historia, arte, política, literatura o filosofía, lo que hace posible el trabajo colaborativo, que el estudiantado se haga responsable, crítico y autodidacta; así como también se adquiere sentido en la práctica educativa. A juicio del filósofo-



Esa H que por ser muda no la hace ausente, sino explícita tácitamente en sus Programas de Estudio y actividades curriculares y extracurriculares”.

fo argelino, “lo que cuenta no es pasar de página, sino la capacidad de decir lo que se piensa con las palabras de los otros” (Rancière, 2010, p. 27), por lo que será la labor del Colegio, el compromiso y convicción del docente hacia su profesión y modo de ser en el mundo, lo que permitirá el diálogo entre colegas, autoridades y estudiantes. La enseñanza de las humanidades, ya sea teórica o mediante la impronta y ejemplo de vida de cada uno(a) de los(as) docentes, obliga a la apertura y escucha del otro, a no establecer una distancia entre el alumno y el docente, sino en construir un espacio común, en donde el compromiso por la adquisición de un pensamiento con las ópticas de la antropología, la historia, la geografía, la literatura, del derecho; manifieste ese pensamiento social y humanista basado en la reflexión y toma de postura acerca de cuestiones que se consideren relevantes en el contexto y que fomenten una lectura crítica y una forma diferente de acceder al aprendizaje significativo.

En la primera lección de *El maestro ignorante*, Rancière narra la experiencia de Joseph Jacotot, quien se pone a enseñar lo que él mismo ignoraba, afirmando que es posible que el alumno aprenda por sí mismo y sin la presencia de un maestro explicador, por lo que propone una educación basada en la emancipación intelectual, lo que podríamos llamar el ser autodidacta, el *aprender a ser, hacer, convivir y aprender*. Valdría la pena pensar cómo dicha argumentación se podría aplicar al interior de nuestras aulas, academias, programas e incluso en nuestra misma docencia, a partir del manejo del grupo y de la manera en

que cumplimos con los programas indicativos que han sido actualizados.

Gran parte de la lección gira en torno al problema de la transmisión del conocimiento y la formación de los estudiantes. ¿Instruimos o educamos? En la tradición pedagógica existe una diferencia entre la “instrucción” y la “formación humana”. La primera de ellas tiene que ver con la

mera transmisión de conocimientos y la repetición memorística de lo supuestamente aprendido como un mero aprendizaje conceptual y teórico, en donde es más relevante el aprendizaje, la adquisición de contenidos y la capacitación en un área del saber. En cambio, por formación humana se entiende la manera en que el proceso educativo incide realmente en la vida de cada sujeto, en una transmisión de valores y actitudes y que permitan la formación de sí mismo, de un sujeto activo y el proceso educativo no sea reducido a la mera transmisión de conocimientos. Teóricamente el modelo educativo de cualquier institución busca dicha formación humana, pero la calificación de extraordinarios; instrumentos como el Examen de Diagnóstico Académico (EDA); la evaluación y elaboración de proyectos o informes de docencia, tutorías o asesorías; y la incorporación de nuevas tecnologías se inclinan más a su instrucción que a la formación. Rancière en su relato considera que Jacotot:

[...] en definitiva, sabía que el acto esencial del maestro era *explicar*, poner en evidencia los elementos simples de los conocimientos y hacer concordar su simplicidad de principio con la simplicidad de hecho que caracteriza a los



La enseñanza de las humanidades, ya sea teórica o mediante la impronta y ejemplo de vida de cada uno(a) de los(as) docentes, obliga a la apertura y escucha del otro”.

espíritus jóvenes e ignorantes. Enseñar era, al mismo tiempo, transmitir conocimientos y formar los espíritus, conduciéndolos, según un orden progresivo, de lo más simple a lo más complejo. De este modo el discípulo se educaba, mediante la apropiación razonable del saber y a través de la formación del juicio y del gusto, en tan alto grado como su destinación social lo requería y se le preparaba para las elites iletradas; concebir, diseñar o fabricar instrumentos y máquinas para las vanguardias nuevas que se buscaba ahora descubrir entre la élite del pueblo; hacer en la carrera científica, descubrimientos nuevos para los espíritus dotados de ese genio particular. (Rancière, p. 19).

El CCH tiene como finalidad la formación de sujetos críticos entre estudiantes y docentes a partir de la vida académica en seminarios, cuerpos colegiados, grupos de trabajo, actividades extracurriculares (deportivas, académicas, culturales), etc., en donde se genere un conocimiento y diálogo multidisciplinario. Si esto no se lleva a cabo y las instituciones académicas han privilegiado la instrucción en lugar de la formación humana, ¿cómo revertir esta situación? ¿en dónde reside la falla? A juicio de Rancière, el problema no reside en:

la instrucción del pueblo: se *instruye* a los reclutas a los que se alista bajo su bandera, a los subalternos que deben poder comprender las órdenes, al pueblo que se quiere gobernar —de manera progresiva, se entiende, sin derecho divino y según la única jerarquía de las *capacidades*—. Su problema era la *emancipación*: que todo hombre del pueblo pueda concebir su dignidad de hombre, tomar conciencia de su capacidad intelectual y decidir su uso (p. 36).

En este sentido, podríamos afirmar que sería oportuno que el Colegio deje de privilegiar la instrucción y vuelva a la emancipación. Jacotot sostiene que

quien enseña sin emancipar atonta. Y quien emancipa no ha de preocuparse de lo que el emancipado debe aprender. Aprenderá lo que quiera, quizá nada. Sabrá que puede aprender *porque* la misma inteligencia actúa en todas las producciones del arte humano, que un hombre siempre puede comprender la palabra de otro hombre (Rancière, p. 36).

En este sentido, podríamos preguntarnos si cada una de las áreas y docentes que las conformamos, en su práctica áulica o en la elaboración de su programa operativo, nos hemos volcado al atontamiento, a la instrucción y a la capacitación de estudiantes o a la emancipación. El atontamiento



Venus



Venus escultura

considera que es más valioso e importante los números (eficiencia terminal) que la calidad de formación de los educandos. En la emancipación somos capaces de recrear y reinventar los aprendizajes significativos implicados en los procesos de enseñanza-aprendizaje son sujetos críticos de sí y de su tiempo, son actores de su época y toman posturas ante los acontecimientos que presencian.

Es necesario volver al trabajo en áreas, revitalizar la oferta educativa y de formación de nuestros alumnos y docentes, reinventar nuestra docencia, buscar mejores condiciones (infraestructura y cuestiones laborales en el interior de nuestros centros laborales y educativos); en pocas palabras, a recuperar ese trabajo de emancipación, de formación de sujetos críticos, esa incorporación, transmisión y vivencia del pensamiento a favor de la inclusión, cultura de la paz y alteridad, a ese ansiado y apelado humanismo que pareciera hemos perdido. Nos hemos centrado en mediciones, evidencias de aprendizaje y en cifras. Hemos perdido la *H del CCH*, muchas de las asignaturas que teóricamente se centrarían en estos contenidos filosóficos, sociales, artísticos, históricos o humanísticos, se han volcado únicamente a mostrar evidencias y resultados; al perfeccionamiento de una secuencia o estrategia didáctica, o bien, comprender cuál será la mejor rúbrica buscando cuantificar lo cualitativo. Es importante resaltar que Rancière advierte que:

[...] en el acto de enseñar y aprender hay dos voluntades y dos inteligencias. Se llama atontamiento a su coincidencia. En la situación experimental creada por Jacotot, el alumno estaba vinculado a una voluntad, la de Jacotot, y a una inteligencia, la del libro, enteramente distintas se llamará *emancipación* a la diferencia conocida y mantenida de las

dos relaciones, al acto de una inteligencia que sólo obedece a sí misma, aunque la voluntad obedezca a otra voluntad. (Rancière, p. 31).

Para finalizar este texto, considero que es necesario reinventar nuestra docencia sin caer en el exceso de abusar de la estrategia o secuencia didáctica, o bien, confiar en que el mero uso de las nuevas tecnologías —Moodle, iPad, *apps*— solucionará por sí mismo este problema. En *El maestro ignorante*, Rancière enfrenta al lector a un modelo diferente de formación humana, en donde Jacotot a pesar de que no comparte el mismo idioma que sus alumnos, logró producir un conocimiento significativo en ellos. El pedagogo francés reflexiona acerca del libro o material didáctico y nos pide que:

[...] veamos por ejemplo un libro en manos de un alumno. Este libro se compone de un conjunto de razonamientos destinados a hacer comprender una materia al alumno. Pero enseguida es el maestro el que toma la palabra para explicar el libro. Realiza una serie de razonamientos para explicar el conjunto de razonamientos que constituyen el libro. Pero ¿por qué el libro necesita de tal ayuda? En vez de pagar a un explicador, el padre de familia ¿no podría simplemente entregar el libro a su hijo y el niño comprender directamente los razonamientos del libro? Y si no los comprende, ¿por qué debería comprender mejor los razonamientos que le explicaran lo que no ha comprendido? (Rancière, p. 21).

Podríamos reflexionar, a la luz de lo anterior, el material didáctico y educativo, el manual o texto que se lleva bajo nuestro Modelo Educativo, si es que cumple con

sus objetivos (preparar el curso ordinario o examen extraordinario) o porque son inoperantes, razón del fracaso educativo contemporáneo. A juicio de Rancière, “lo que cuenta no es pasar páginas, sino la capacidad de decir lo que se piensa con las palabras de los otros” (Rancière, p. 27), es decir, a partir de la experiencia de Jacotot los estudiantes aprendieron sin la figura tradicional de un docente o maestro, ya que:

[...] el secreto del maestro es saber reconocer la distancia entre el material enseñado y el sujeto a instruir, la distancia también entre *aprender* y *comprender*. El explicador es quien pone y suprime la distancia, quien la despliega y la reabsorbe en el seno de su palabra. (Rancière, pp. 21-22).

¿Cómo llevar a cabo esto en nuestras academias, áreas o materias? ¿Cómo concretar o fortalecer nuestros modelos educativos? ¿Cómo compaginar estos argumentos de Rancière con la enseñanza y divulgación de los contenidos humanísticos de nuestras asignaturas en el Colegio? ¿Cómo hacer presente la *H del CCH*?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bruner, J. (1987). *La importancia de la educación*. Traducción de Alejandra Devoto. Barcelona: Paidós.

Hoyos, G. (ed.). (2008). *Filosofía de la educación*. Madrid: Trotta/CSIC.

Rancière, J. (2010). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Traducción de Núria Estrach. Barcelona: Laertes/Publicadasa.

Unesco. (2011). *La filosofía. Una escuela de la Libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro*. Traducción al español por la Unesco. Ciudad de México: UAM/Unesco.